

Él, que como amante, ciego
Por falso cristal veía,
Capricho amante creía
Lo que era abierto desden,
Y aguardaba á cada instante
La esplicacion de un misterio
Que le robaba el imperio
En el alma de su bien.

Que mas que advertido amante
Juzgaba el mal de Argentina,
Hijo de duda mezquina
En su inalterable amor,
Y, en la pureza fiado
De su tranquila conciencia,
Aguardaba con paciencia
Que saliera de su error.

Ella de continuo tétrica,
Los sitios mas solitarios
Elegia por santuarios
De su secreto pesar;
Y se la via en la noche
Cual sombra que arrastra el viento
A solas con paso lento
Por los jardines vagar.

A veces cabe una fuente
Reclinada largas horas
De las corrientes sonoras
Adormida con el són,
Sollozaba tristemente,
Las secretas agonías
Que envenenaban sus dias,
Royéndola el corazon.

Al veces del pardo muro
Perdida en la sombra oscura,
O entre la hojosa espesura
De la parra y del rosal,
Parecia que con alguien
Conversacion entablaba,
Aunque qué y con quién hablaba
Se comprendia muy mal.

Y el rumor de estos misterios
Entre el vulgo propagado,
Por el vulgo interpretado
Con ruin malicia vulgar
A mil fábulas audaces
Crédito asaz infundia,
Y á cada punto crecia
En la chusma popular.

Porque de antiguo Castilla
Ya escarmentada de estraños
Imagina siempre engaños
De la estrangera doblez;
Y luego (decia el pueblo)
Por mas que nació condesa,

Siendo al cabo una francesa
No hay que flarse ¡pardiez!

El conde en tanto creia
Que la memoria de Francia
Con el tiempo y la distancia
Avivada sin sentir,
Y la vista de sus gentes
Y el recuerdo de su lengua
A las manías presentes
La pudieron conducir.

Y en su bien solo afanado
La aseguró que acabada
Una contienda empeñada
Con el árabe Almanzor,
Darian vuelta á Tolosa,
Donde pronto espantaria
Su oculta melancolía,
Devolviéndole su amor.

Partióse pues el buen conde
Contra Almanzor á campaña
Y fué con tan justa saña
Y con valor tan audaz,
Que aun humeando del moro
Con la sangre harta de afrenta
Su campo feraz ostenta
Santisteban de Gormaz.

Que en aquel dia glorioso
Para el honor de Castilla
Ni quedó ginet en silla,
Ni peon quedó de pié.
Allí cayeron á impulso
De las lanzas castellanas
Las falanges africanas
Enemigas de la fé.

Y aun vienen alguna noche
Los lobos en turba hambrienta
A hozar la tierra sangrienta
Regada ocho siglos há;
Y aun pasan los calvos buitres
Sobre el valle en banda espesa,
Avarientos de la presa
Reducida á polvo ya.

¡Gloriosa fué la jornada!
Mas ¡ay pobre Don Garcia!
El solo lloró aquel dia
La gloria que á España dió.
Mas le valiera mil veces
Caer en Gormaz con honra
Que cargar con la deshonra
Con que Burgos le acogió.

Sí, pasó bajo sus puertas
Al doblar de los tambores
Con mas aplausos y honores
De los que el soñó jamás,

Pero llegó á su palacio,
Y al entrar por sus dinteles
Sus merecidos laureles
Maldijo, y su sér quizás.

Las puertas vió de su alcázar
Para recibirle abiertas,
Mas nadie salió á sus puertas
Para darle el parabien.
Y los siervos y las damas
Que dejó en él en su ausencia
Esquivaron su presencia
Cual de su gloria en desden.

En vano se entró iracundo
Por sus puertas adelante
Llamando con voz pujante
A su gente desleal;
Solo el eco que en las bóvedas
Cóncavas se guarecia
A sus voces respondia
Con lamento funeral.

Rabioso decia: « ¿Dónde
Mi servidumbre se encuentra? »
Y el eco decia — *entra*,
Y entraba el conde en furor.
Decia con voz doliente:
« ¿Qué es de mi esposa querida? »
Y el eco decia: — *ida*
Con acento de dolor.

Y el triste Garci Fernandez
De sus amigos cercado
Su alcázar abandonado
Pisando medroso va.
Y su ánima vigorosa
De una sospecha asaltada
En su pecho arrinconada
Ni aun esperanza le da.

Volvió á los suyos y dijoles:
« ¿No hay quien me dé una respuesta? »
Y el eco repitió — *esta*,
Y él mirando en derredor
« ¿Quién, gritó, en mi casa propia
Me mofa con arrogancia? »
Y el eco retornó « Francia »
Por el largo corredor.

Lanzóse por él el conde
Por un instinto guiado,
Cruzó el corredor aislado
Y al oratorio llegó:
Abrió la puerta con impetu
Y al tender dentro los ojos
Entorno al altar de hinojos
A sus siervos encontró.

« ¿Qué es esto? dijo asombrado
El infeliz Don Garcia,

¿Pensábais pues que vendria
Mi palacio á conquistar?
¿Porqué os acogéis al templo?
¿Qué es esto, gente menguada? »
Pero la turba callada
Ni aun la vista osaba alzar.

Hasta que entrándose el conde
En la mansion religiosa,
Y el semblante de su esposa
No alcanzando á ver allí,
Asió con ira del cuello
Al que topó mas cercano
Y con la daga en la mano,
Le dijo iracundo así:

« ¿A dónde está la condesa?
Di ó mueres tras mi demanda. »
Y el eco murmuró — *anda*,
Porque la turba calló.
« Hablad por Dios, dijo el conde;
Vuestro dolor ¿qué me arguye?
¿Dó está mi Argentina? » — *huye*
El eco sordo gimió.

Rompió en sollozos la gente,
Y humillada y temerosa
Dobló la faz vergonzosa
Con la tierra hasta tocar;
Y entendiendo Don Garcia
Todo el valor de su duelo,
Los ojos puso en el cielo,
Gimió... y los tornó á bajar.

En vano por consolarle,
Sus amigos se afanaron,
Sus pueblos le victorearon,
Y la gloria le aduló;
Él se encerró en su aposento,
Y en soledad noche y dia,
La razon y la porfía
Igualmente desoyó.

Al hacerle reflexiones,
Amigos, fieles y viejos,
« No necesito consejos,
Respondió, sé cómo obrar. »
Y aunque adusto y cabizbajo,
Bien en su faz se veía
Que algo resuelto tenia
Imposible de mudar.

CAPITULO III.

EN QUE SE CUENTA MALAMENTE UNA AVENTURA
DIGNA DE SER MEJOR CONTADA.

De un montecillo estraviado
Sobre la empinada loma,
Como escondida atalaya
Puesto entre Francia y Borgoña

Hubo, según un cronista,
Allá en edades remotas,
Un castillo inhabitado
De manos francesas obra.
Pertenece, en los tiempos
A que alcanza nuestra historia,
A un segundon pendenciero
De familia poderosa.
De modo que en su recinto
Roido por la carcoma,
No había más que un alcaide
Con guardia holgazana y poca.
Y como donde hechos faltan
Fábulas del vulgo sobran,
De él relataban mil cuentos
Los pueblos á la redonda.
Todo invenciones acaso,
Mas siempre lo falso apoya
Alguna verdad oculta
Entre mentiras de monta.
Y es así que no hay castillo
Ruinoso, ni ermita sola
Donde mil negras visiones
Crédulo el vulgo no esconda,
Mas no hay una de esas fábulas
Imposibles y espantosas
Que no haya tomado origen
De un hecho que el vulgo embrolla.
Tal era nuestro castillo,
Mansion solitaria y lóbrega,
Vivienda según el pueblo
De fantasmas y de sombras.
Jamás se abrían sus puertas
Sino á medias y á deshora;
Jamás por ellas entraban
Sino á lo más dos personas.
Nadie por ellas salía
Tras conversación sabrosa,
Ni aun en busca de viandas
De gente que existe propias.
Todo lo cual era cierto,
Porque el alcaide en Perona
Almacenaba por años
Su provision, que aunque corta
Bastaba para su gente,
Que descuidada y ociosa
En la ciudad se ocupaba
Todo el año sin zozobra.
Y en esto siempre sus amos
Hicieron la vista gorda,
Pues nunca anduvo la paga
De la guarnición de sobra.
Ellos se buscaban vida
En la ciudad más gustosa
Donde hallaban amos ricos,
Juegos, pendencias y mozas.
Y en caso de una imprevista
Necesidad poderosa,

Siempre en el castillo hallaban
Casa grande y mesa sóbria.
Los años de nuevecientos
Y ochenta y seis (ó era próxima)
Corrían, cuando una noche
Oyó el alcaide á deshora
Al otro lado del foso
Producida en una trompa
Aguda señal de aviso
Que redoblaba imperiosa.
Bajó el puente y en el patio
Entróse sin ceremonia
Un hombre que dijo á voces
Desde el caballo que monta:
« ¡Ola alcaide! vuestros amos
Llegan mañana á estas horas.
— ¡Mañana! exclamó el alcaide,
¡Válganos nuestra Señora
Del Hoyo! y están las gentes
En la ciudad.

— Nada importa,
Buen viejo, repuso el otro,
Los amos traerán su escolta
Y á más el secreto encargan
Y grande.
— Secretos... ¡oiga!
— Conque todo esté listo,
Y nada de ir á Perona
A garlar como mugeres.
¿Ha entendido? punto en boca. »

Metió su jaco en la cuadra,
Tomó la escalera lóbrega
De la torre y pidió al punto
Cena fuerte y cama cómoda.
Y por más que ensartó el viejo
Unas preguntas tras otras,
No le sacó más palabras
Que *estad listo y punto en boca.*

Y no mintió el mensajero,
Pues de su lecho de rosas
Del día siguiente apenas
Se levantaba la aurora,
Cuando el señor del castillo
Sobre una yegua fogosa
Cruzaba el puente seguido
De unas catorce personas.
Dos eran damas cubiertas
Con largos velos, las otras
Criados, y gente de armas
De faz amenazadora.
Y en verdad que se talante
Y aparición misteriosa
Nada de bueno auguraban
A hablar como gente de honra.

Tenia aquel castillo
Todo en redor del monte en que se alzaba
Un frondoso y ameno parquecillo
Donde un arroyo limpio murmuraba;
Y entre guijas bullando,
Por entre árboles mil serpentando,
Ya en remansos sus aguas deteniendo,
Ya por cuevas sus aguas despeñando,
El parque por dó quier iba cubriendo
De gruesos chopos ó de césped blando,
Dando al par su corriente cristalina
Música y sombra á la mansion vecina.
El espeso follage
Y la fresca estension de su ramage
Entoldando la yerba en el estío,
Y en el invierno crudo
Guardando el valle contra el cierzo frio
Penetrante y agudo,
A la paz y al reposo convidaban,
Y así á su rica amenidad venían
Y en su centro anidaban
Mil avecillas que hasta allí llegaban
Y contentas en él se guarecian.
No había allí tocado por fortuna
Del hombre protector la torpe mano;
Y sin lesion alguna
Prosperaba en invierno y en verano.

En sus cuadros campestres
Sin ayuda de riegos, ni semillas,
A su capricho y voluntad brotaron
Mil rosales silvestres,
Que del agua las márgenes bordaron
Con varia multitud de florecillas;
Y en medio de ellas sin pudor se alzaron
Tal vez de sus colores envidiosas
Amapolas y malvas temblorosas,
Romero y madre selvas amarillas.
Ni tampoco faltaron
En el vicioso césped escondidos
Los lirios por el sol descoloridos,
Los jacintos morados,
Las anchas hacederas,
Las pródigas junqueras,
Y las altivas y sonantes cañas
Rodeadas de mimbres y espadañas;
Y aun al pié de una peña guarecidas
Del cierzo y de las ráfagas inquietas,
Se levantaron de perfume henchidas
Tempranas y odoríferas violetas.

Aquí pues una tarde
Ya cercano á su fin el claro día,
Al pié de una cascada
Que la corriente hacia
Por cima de una peña despeñada,
En el mullido césped recostada
Una niña hermosísima se vía.
La sien sobre la mano;
Sobre la yerba el codo

Permanecía inmóvil, de tal modo
Que alguno la juzgara fácilmente
De acertado escultor obra excelente
Trasunto de un modelo soberano.
Sus dulces ojos de tristeza llenos
Fijos en la corriente fugitiva
No brillaban amantes y serenos,
Antes ¡ay Dios! de lágrimas henchidos,
Y á través de una lágrima ardorosa
Miraban la corriente distraídos
Con espresion doliente y lastimosa.
Y su frente nublada
Con hondos pliegues de dolor sulcada,
Su faz descolorida y ojerosa,
Y sus mejillas faltas
De su matiz purísimo de rosa,
Demostraban bien claro
Que en su cándido espíritu inocente
El pesar se cebó traidoramente.
Ella en sus pensamientos embebida
De su propio aislamiento se olvidaba,
Y el aura, estremeciéndole atrevida
Los ligeros adornos
Con que cubierta su beldad llevaba,
Sus puros y bellísimos contornos
Descubría á traicion cuando pasaba.
Y el hombro torneado,
Y el trasparente cuello,
Y el pecho entre los rizos mal velado
De su rubio cabello
Por la espalda y los hombros destrenzado,
Y sus menudos piés mal escondidos
Entre los pliegues de la suelta falda
Deshechos á los soplos atrevidos
Del aura licenciosa,
Todo sin gran pesar lo descubría
La vista cuidadosa
De un viejo peregrino que subía
Por la empinada cuesta trabajosa.
Y aunque avanzaba el viejo
Cada vez con más prisa y más recato,
La niña sin consejo
No curaba, abismada en su amargura,
Los hechizos velar de su hermosura.
Y así mientras el viejo peregrino
Por la cuesta subía
Con cada pié menguando su camino,
La hermosa niña sin temor yacia
A sus solas llorando su destino.
Llegó por fin donde el arroyo manso
Para rodar mejor por la cascada
Parándose tenaz labró un remanso,
Y con voz cariñosa
Y sonrisa halagüeña
Dijo á la niña: « ¿Qué haces, Blanca hermosa,
Tan sola en esa peña? »
Y en sí volviendo con su voz la niña
Los ojos en redor tendió asombrados

Y ¿Quién me nombra? preguntó risueña.
— ¿Quién sino yo, la replicó el viagero,
Que de tu mal dolido
Librarte dél ó consolarte quiero?
— ¡Ay señor! dijo Blanca suspirando,
Que completo mi mal no habeis sabido
Cuando me estais remedios augurando.
— ¿Quién sabe, ¡pobre niña! si mi ciencia
Podrá alcanzar para tu mal remedio?
— ¿Tan sabio sois?

— Tan sabio,
Que tal vez si me cuentas por tu labio
Todo el mal que padeces
Creo tener para curarle medio. »

Quedó Blanca mirando al peregrino,
Tal promesa y palabras escuchando,
Y á su lado sentándose el buen hombre
Desta manera á Blanca siguió hablando :
« ¿No es tu padre un hidalgo poderoso
Señor de ese castillo?
Dí ¿no es tambien tu madre
Esa hermosura de quien es esposo?
— ¡Ay! ni él parece á la verdad mi padre,
Ni ella fué nunca sino monstruo odioso
Que me robó mi paz y mi ventura,
Envidiosa tal vez de mi hermosura.
— ¿Con que es tan bella y tan...

— No hablemos de ella.
Que solo con oír su nombre infando
Se me estremece el corazón temblando,
Y por ella no ceso
De vivir suspirando.
— ¿Tan dañina ha de ser quien es tan bella?
— Creedme que lo es : por ella solo
Yo que nací contenta y virtuosa,
Yo que siempre viví tranquilamente
¡Ay! de oveja inocente
Me he trocado en serpiente venenosa.
Porque nací señora
Y ella esclava me ha hecho,
Menos que esclava sí, que á cada hora
Con el puñal agudo
De una injuria mortal me hiere el pecho.
Ella me hizo á mi padre aborrecida,
Y así ¡ay de mí! cuando á mi padre acudo
Él maldice colérico mi vida.
Porque todo su amor, por ella hurtado
Ella sola lo tiene, y avarienta
Del cariño y del oro
Que mi mísero padre la ha mostrado,
Las tristes horas de mi vida cuenta
De su amor heredera y su tesoro.
Y así paso la vida
Viéndome á todas horas despreciada,
Sin duelo castigada
Mi belleza, si existe, y maldecida.
Y dan por hijas de una mente loca

Las sentidas razones de mi boca,
Llamándome, si mísera me quejo,
Atrevida mozueta sin consejo.
Y los viles vasallos que me miran
Tan sola y sin amparo
No hallan en injuriarme algun reparo.
Y olvidando el respeto que me deben
Todos á la hija del señor se atreven.
Y yo ¡triste de mí! sin mas consuelo
Que llorar á mis solas con mi duelo,
De los míos mofada y los estraños,
Sin esperar favor de tierra y cielo
Huir contemplo mis floridos años;
Y á solas me consumo,
Y en lágrimas mi vida se deshace
Cual flor que el rayo desvanece en humo. »

Y así diciendo la apenada Blanca,
Con iracunda mano
Los bellos rizados de su frente arranca,
Y ofende su semblante soberano,
Maldiciendo á la faz del peregrino
La injusticia fatal de su destino.
Hasta que él sujetándola los brazos
Y teniéndola en nudo cariñoso
Asida dulcemente,
Con amorosa voz y acento amigo
La dijo así teniéndola consigo :
« Serena ¡hermosa mía!
Serena sí, tus ojos de paloma,
Que ya feliz de tu ventura el día
Por el oriente purpurino asoma.
Escucha ¡Blanca bella!
La voz enamorada
De tu libertador, y oírás en ella
Tu alma acoojada
Consoladora música encantada.

Yo nací ¡oh Blanca! en tierras muy remotas
Rico y feliz, pero la suerte avara
Dicha muy breve me vendió muy cara :
Todas al fin mis esperanzas rotas
Juguete de la suerte me hallé un día,
Y en brazos me lancé de la fortuna
De ella y de mí sin esperar ninguna.
Largo tiempo á través de las fatigas
Erré cruzando el arenal del mundo
Ya por campo feraz rico de espigas,
Ya por campo erial lleno de espinos,
Ya por montaña estéril,
Ya por valle fecundo
Surcado por arroyos cristalinos,
Del invierno arrostrando los furores
Y espuesto del verano á los ardores.
Pasé al fin por tu patria ¡Blanca hermosa!
Y al punto en que te vi, ciego y sin tino
Corriendo tras tu huella luminosa
Perdí mi pensamiento y mi camino.
Lancéme tras de tí, seguí tus pasos,

Atravesé la Francia
Y llegué de Borgoña á la frontera
Siempre en pos de tu rápida litera.
Ahora responde ¡oh Blanca! yo soy dueño
De un país rico y fértil y lejano.
Esto que ves en mí todo es un sueño;
Este viejo disfraz con que me embozo
Encubre como ves un noble mozo;
Si me quieres seguir, esta es mi mano. »

Y así hablando el fingido peregrino
El bizarro semblante
De su postiza barba separaba,
Y su semblante juvenil mostraba
De valor nobilísimo radiante,
Y la niña infeliz le contemplaba
Cual bella aparición que ante la vista
El viento cruza y en el viento posa,
Y va sobre una ráfaga imprevista
Luminando el aura vagarosa.

Con sonrisa pueril, con mano incierta
La creída vision contempla y toca,
Y á concebir no acierta
Una idea su mente, un ¡ay! su boca.
Que la triste al pesar acostumbrada
Inaccesible al bien escucha y mira
Y á la voz del placer embelesada
Tal vez por no ahuyentarle no respira.
Mas mientras ella goza
Con la idea del bien que aun no comprende
Y el pensamiento con los ojos tiende
Por el azul espacio cristalino,
Siguió de esta manera el peregrino :
« ¡Blanca pura y hermosa!
Yo te puedo tornar rica y dichosa :
Yo puedo sustraerte
Llevándote conmigo
De una existencia triste y trabajosa,
Que acaso ¡ay Dios! te llevará á la muerte.
Pero tu honra es primero,
Y pues nací con honra y caballero
Obtendré de tu padre la licencia,
O forzaré su gusto
Si á nuestro bien opone resistencia.
— ¡Ay! ¡si de él esperais consentimiento
Jamás le otorgará!

— Con tiempo y maña
Todo es fácil. Yo tengo un pensamiento
Que, ayudándome tú, ¡querida mía!
O neciamente el corazón me engaña,
O de tu libertad despunta el día.
Escucha, Blanca, bien : en el sosiego
De una tarde serena,
Cuando tu gente salga
Por la floresta amena,
Al compás de un laúd el peregrino
Cantará dulcemente
Los himnos del monarca penitente.

Y la música ¡oh Blanca!
Es talisman que lo imposible vence
Y del alma mas terca y mas bravía
El pensamiento mas feroz arranca.
Por una sola noche
Demandaré un albergue en el castillo,
Y sin que nadie á sospecharlo alcance
En el silencio de la noche umbría
A solas con tu padre razonando
Lograré que consienta; y mas llegando
A saber con mi nombre
La razon de dejar la patria mia. »

Y aquí corta el cronista
De quien copio esta historia
El hilo de su cuento, y no hallo justo
Poner yo lo demas de mi memoria.
Solo nos dice al cabo de dos hojas
De inútil razonar, que ambos amantes
De una acacia á los piés se despedían,
Jurándose por vida ser constantes
Al amor que los dos se prometían.
Lo que el viejo hablaria no se sabe,
Mas creo que seria bueno y mucho.
Pues era en tales lances harto ducho
El tal romero, y el negocio grave.

Ello es, caro lector, que anochece,
Y apartados al fin, con paso lento
Cada cual á su albergue se volvía,
Él al lugar á meditar su intento,
Y ella á sus torres á esperar el día.

CAPITULO IV.

EN DONDE VERA EL LECTOR, SI TIENE PACIEN-
CIA, EL FIN DE LA COMENZADA HISTORIA.

Era una noche del abril serena,
La luna en el zenit resplandecía
Y el aura erraba de perfumes llena
Que en las tempranas flores recogía.
De esas noches azules, deliciosas,
Que solo ideas de placer producen,
Y que solo para almas venturosas,
Para escenas de amor voluptuosas
Con fugitivos resplandores lucen.
Todo yacía en lánguido reposo
En torno del castillo solitario,
Circundado de ambiente vaporoso
Cuyo velo entoldaba misterioso
La lejana estension del campo vario.
Todo en tranquila soledad yacía,
Y solo alguna vez lánguido y lento
Partido en frases sin compás se oía
Un pausado cantar que se perdía
Por la tranquila cavidad del viento.
Y esta es la única voz que en muchos años
El nocturno silencio ha interrumpido
De este castillo triste abandonado,

Y esta es la única voz que han repetido
De sus bóvedas hondas por los huecos
Los recónditos ecos
Ya á los acentos del placer estraños.

Las aves que se anidan
En sus rotas almenas
El insólito canto oyen medrosas,
Los pardos ojos asomando apenas
Por las grietas añosas:
Y con el són estraño desveladas
Sus ecos por el aire desparcidos
Alguna vez apoyan asustadas
Con graves y monótonos graznidos.

Y el castellano en tanto
Señor de aquella antigua fortaleza
Paga de un viejo trovador el canto,
Haciendo ostentacion de su grandeza.
Y le paga el cantor el hospedage
Dejando á un lado su bordon bendito
Para cantar la historia de su viage
Mientras el huésped sacia su apetito.
En medio de un salon entapizado,
Sobre mesa anchurosa
Y delante de una ancha chimenea
Magro tasajo humea,
Y de las llamas al amor sentado
Enfrente de la hermosa castellana
El baron se harta del castillo dueño;
Y da al placer el tiempo que es del sueño,
La voluntad torciendo soberana
Con que Dios hizo al mundo,
Cuando animado el caos dó yacia
La negra noche separó del día.

A sus piés y en un pico de la alfombra
De la llama á la sombra
Entonaba su cántico divino
Un sonoro laud pulsando diestro
El mismo misterioso peregrino,
Que de figura y caracteres muda
De Blanca por amor, y que sin duda
En música y amor es gran maestro.
Las viandas gustaba
Blanca en silencio mientras él cantaba,
Y si su padre el cántico aplaudía
Con recelosos ojos le miraba,
Y en silencio seguía:
Mas si el baron la copa le alargaba
El peregrino sin temor bebía:
Y el baron al compás de las canciones
Doblaba sin pensar las libaciones.
Hasta que ya exaltada la cabeza
Y alegre el corazon con el Borgoña
Que á dejarse sentir acaso empieza,
Perdió su gravedad mal simulada
Rompiendo en poderosa carcajada;
Y necia ostentacion echando fuera

Interrumpió al cantor de esta manera:
« Dejad los salmos, que en verdad, buen
hombre,
Aunque santos son poco divertidos
Para halagar con ellos
De un hidalgo que cena los oídos.
Decid ¿cómo os llamais?»

— No tengo nombre.

— Qué ¿no os han bautizado?
— El nombre que me dieron
En la pila, señor, se me ha olvidado.
— ¿Tambien el suyo vuestra gente ignora?
— No hay de mi gente ahora
Ni un individuo, todos perecieron
A manos de una peste asoladora.
— Mas con nombre ó apodo
Os han de distinguir de cualquier modo.
— Llámame, gran señor, Juan del Desierto.
— Y es un nombre magnífico por cierto.
— Y otro no he de llevar, ¡por vida mia!
Hasta que un voto que ofreci, cumpliendo,
Con el nombre y la faz que antes tenia,
Pueda á mi pátria con honor volviendo
Salir ufano ante la luz del día.
— ¿Y cual es vuestra pátria?

— El desierto, señor. ¿Pues no os lo dije?
— ¡Por Dios que sois bizarro!
No alcanzo en el desierto qué os afige.
Volvais ó no volvais, en él ninguno
Habrás que os eche en cara
Mancha ó desdoro en vuestro honor alguno
Desde vuestro bautismo.
— Negocios son de casa y de familia
Que se han de consultar consigo mismo.
— Teneis razon, buen hombre,
Porque así como así por un negocio
De familia tambien, no uso mi nombre.
— Gózome pues, de haceros compañía
Pareciéndome á vos, mas con permiso,
¿Cuándo le cobrará su señoría?
— Por ser con vos galan, al mismo tiempo
Que vos le recobreis.

— De esa manera
Vuestro nombre postizo echad á fuera
Que yo lo haré mañana antes del día.
— ¡Que me place! brindad con ese vaso
Para cantar mejor.

— En ese caso
Decid á quien el brindis se destina,
O dadme vuestros nombres, será á ellos.
— Brindad pues á Lotario y Argentina.
— Lo merecen ¡pardiez! que son muy bellos.»

—
Y levantando las copas
A la par ambos á dos
Al mismo tiempo brindaron
Todo apurando el licor.

Volver al canto en seguida
El peregrino intentó,
Mas se trababa su lengua
Sin dar con otra cancion.
Hasta que al dar á una estrofa
Un tono desgarrador,
Los párpados poco á poco
Sin concluir la cerró:
El cuerpo desfallecido
Tendiendo al dulce calor,
Y en sueños tal vez luchando
Con su enronquecida voz,
A quien ahoga la estrecha
Difícil respiracion.

Esto que vió del castillo
El soñoliento señor,
« Lo entiende, dijo mirándole,
« ¡Sigámosle voto á Dios! »
Y asíéndose de su esposa
Para tenerse mejor,
« ¡Alumbra! » dijo á Blanca
Y en su cámara se entró.
Quedó la estancia en silencio
Sin oirse al derredor
Mas que el chispear de los tizos
Y de las llamas el són.
Mas apenas en la puerta
Blanca otra vez pareció,
Cuando el peregrino alzándose
Con rápida precaucion
Asiéndola de las manos
Hablóla en este tenor:
« Blanca, esta noche conmigo
Otro peregrino entró,
Búscale y á este aposento
Tráemele al punto.

— Señor,

¡Qué intentais!

— Que no haya obstáculo

En tu padre á nuestro amor.
Yo sé que tengo palabras
Con que ponerle en razon
Y es un secreto que importa
Consultarlo entre los dos.

— Pero...

— ¿Me amas...? ¿quieres necia
A tu vida de dolor,
A tus antiguos pesares
Volver para siempre?

— ¡Ah! no.

— Pues obedéceme y calla,
Que te juro por mi honor
Que has de ser esposa mia
Tras esta conversacion.»
Y hablando así el peregrino
Blandamente la empujó
Y á la puerta la condujo
Cerrándola de ella en pos.

De este negro castillo abandonado
En cómodo y recóndito aposento
Triste y opacamente iluminado
Con la luz amarilla
De escasa y embozada lamparilla,
Vino á esconder su amor á otro robado
La que antes fué condesa de Castilla.

¿Qué importa que su esposo
Llore en su yermo y despreciado lecho
La herida que ella le dejó en el pecho,
Si ella rie su impúdica torpeza
En brazos del amante licencioso
Que goza en paz de su fatal belleza?
¿Qué importa, sí, que llore y desespere,
Como ella con su amante nunca espere
Que sepa el infeliz su oculto asilo,
Para que nunca pueda
Ir á turbar su porvenir tranquilo?
Mas ¡ay! que mal discurre quien mal obra,
Y al fin burlada su esperanza queda
Cuando tal vez la precaucion le sobra.

Ignoraba tal vez el mundo entero
De la esposa perdida la morada,
Del pérfido galan el paradero,
Y Castilla indignada
Y la misma Tolosa avergonzada
Las huellas les seguian,
Y topar con su rastro no podian:
Y Argentina y Lotario
Reposaban en blando y dulce sueño
Dentro de su castillo solitario
Y ella apenas dormida
Del fuerte cuello de su amante asida,
Y á medias descubierta,
Leve sonrisa sobre el fresco labio
Y en él palabra produciendo incierta
De amante pensamiento concebido,
Con el cabello en rizos destrenzado
Y en la almohada tendido,
Y el pecho contornado levemente
Tras el lino sutil y trasparente,
Estaba ¡vive Dios! cual nunca hermosa,
Como nunca á la mente de algun niño
La casta imagen del primer cariño
En sueños se ofreció resplandeciente.
Él reclinado entre sus brazos bellos
Y tal vez harto de placer, dormía
Mullido cabezal hallando en ellos.
Pero sonó á deshora
Confuso són de pasos por la estancia,
Y faltando la luz consoladora
Menguaba de los pasos la distancia.
Y una persona que llegaba á oscuras
Con pié callado y precaucion traidora
Del lecho asíó las anchas colgaduras.
« ¿Quién va? » dijo Lotario despertando,
Mas no oyendo respuesta

Iba á saltar del lecho
 Cuando su golpe por su voz guiando
 Un agudo puñal llegó á su pecho,
 Ante sus ojos vengador brillando.
 Lanzóse al punto la infeliz belleza
 Un socorro á implorar desatinada,
 Y en brazos del incógnito cayendo
 « ¡Amparadme! » gritó desalentada.
 Mas en la sombra sujetarse viendo
 Transida de terror, y maravilla
 « ¿Quién está aquí? » pregunta vacilando,
 Otra voz á la suya contestando :
 « ¿Quién ha de ser? El conde de Castilla. »
 Cayó de hinojos Argentina al suelo
 Con dolorosa voz y amargo duelo,
 Piedad clamando al conde,
 Pero él con ronca voz, « en vano esperas, »
 En la sombra responde,
 « Que resolví tan bien tu desventura
 Que, por no vacilar con tu hermosura,
 Maté la luz porque á mis piés murieras. »
 Y animando su ofensa á su venganza
 Se dispuso á cumplirla
 De la infeliz muger sin esperanza
 Buscando el corazon antes de herirla.
 Siguióse un ¡ay! que se apagó en el viento,
 Y un momento despues del golpe duro
 En su recinto oscuro
 Solo guardaba sangre el aposento.

—
 Cuando entró Blanca otra vez
 De la cena en el salon,
 Tranquilamente sentado
 Al peregrino encontró,
 Que la barba sobre el puño
 Y el codo sobre el sillón
 Una cancion castellana
 Entonaba á media voz.
 Tendió tras Blanca al sentirla
 El ojo escudriñador :
 Y viendo á su compañero
 Con ella entrar, sonrió.
 Y á él dirigiéndose al punto
 Con siniestra precaucion
 « ¿Cumplistes? » dijo, y el otro
 « Todo está ya » — contestó.
 A cuya respuesta asiendo
 De su capa y su bordon,
 Con voz reposada á Blanca
 De aquesta manera habló :
 « Blanca mia, todo lo hice
 A medida de mi honor;
 Ya no te queda en la tierra
 Otro apoyo mas que yo ;
 Ya no se opone tu padre,
 Dueño mio, á nuestro amor.
 Ya somos entrambos libres,

Vamos pues donde otro sol
 Con mas benéficos rayos
 Alumbra para los dos.
 — ¿ Con que mi padre?... — No puede

Ya oponerse.
 — Los piés voy
 A besarle.
 — Tente, Blanca,
 Que es con una condicion.
 — ¿ Cual? — Que se esparza entre el vulgo
 Con preparado rumor
 Que él no consiente, y que huyes
 Vencida á mi seduccion.
 Sígueme pues, Blanca mia,
 Que te juro por mi honor
 Que si tus padres te vieran
 Mudarian de intencion.
 — ¡ Ay! yo no sé, peregrino,
 Qué encanto hay en vuestra voz
 Que á un mismo tiempo me halaga,
 Y me hiere el corazon.
 — Partamos, Blanca.

— Llevadme
 Donde gustareis, señor :
 Vos sois quien solo en la tierra
 Cariño tal me mostró,
 Y no creyera en el cielo
 A poder dudar en vos. »

Y siguiendo el ciego impulso
 De su puro corazon
 Del bravo conde en los brazos
 Blanca llorando cayó.
 Tomóla en ellos el conde,
 Y en el mas leve rumor
 De sus pisadas poniendo
 Esquisita prevision,
 Del castillo atravesaron
 Uno y otro corredor,
 Unos y otros aposentos,
 Y uno y otro caracol.
 Y así despacio llegando
 A la muralla exterior,
 El puente echaron, saliendo
 De tan lóbrega mansion.
 Cruzaron el parque aislado,
 Bordearon en derredor
 Un montecillo de abetos,
 Y hallando tras un peñón
 Dos caballos que sin duda
 El peregrino apostó,
 Montaron á toda prisa,
 Y al repentino aguijon
 De la espuela se lanzaron
 En un escape veloz.
 De ellos en breves instantes
 Solamente se alcanzó

La sombra, que de la atmósfera
 Se atenuaba entre el vapor ;
 Y un punto negro por último
 Al lejos se oscureció,
 Quedando otra vez en calma
 La solitaria estension.

—
 Y cuando al dia siguiente,
 Ya casi al ponerse el sol,
 La gente que en el castillo
 Quedaba se despertó,
 Vió asombrada que su sueño
 Tan tenaz fué en conclusion
 Obra del fatal narcótico
 Que el peregrino los dió.
 En vano desatentados
 Por uno y otro salon
 En busca de ambos corrieron
 Con iracundo furor ;
 Al aposento llegando
 De Argentina y del baron
 Solo hallaron sus cadáveres,
 Cuya vista daba horror.

CONCLUSION.

A pocas noches en Burgos
 Luminarias se encendian,
 Dulces músicas se oian
 Y alegres danzas dó quier ;
 Y á las puertas del palacio
 La multitud agolpada
 Pedia desahogada
 La nueva condesa ver.

En tanto tras de los vidrios
 De sus calados balcones
 De los suntuosos salones
 Irradiando el resplandor,
 En cuadros de luz brillante
 En la plaza se pintaban,
 Y mil sombras los cruzaban
 En tropel encantador.

Y esto que via la turba
 El gozo ajeno envidiando
 Desde la plaza gritando
 Seguía con doble afán,
 Cubriendo á veces el ruido
 De sus multiples acentos
 El són de los instrumentos,
 Que dentro sonando están.

Se abrió por fin á sus voces
 Un balcon en el palacio,
 Colocáronse en su espacio
 Dos personas á la vez,

Y conociendo á sus condes,
 Rompió á una voz de repente
 En un aplauso la gente
 Espontáneo y sin doblez.

« ¡ Viva el conde de Castilla! »
 Gritaba la muchedumbre,
 Y allá del aire en la cumbre
 Se oía el ¡viva! sonar.
 « ¡ Viva la condesa Blanca! »
 Gritando el pueblo seguía,
 Y allá en el viento se oía
 ¡ Blanca! ¡ viva! retumbar.

Y al són del aplauso ronco
 En el balcon recostado
 Así en tono sosegado
 El conde á su esposa habló :
 « Blanca, á la infame Argentina
 « Del mismo modo aplaudieron,
 « Y al cabo la maldijeron
 « Y al cabo la maté yo.

« Pues tan de lejos te traje
 « Para sentarte en su silla,
 « Haz que se olvide en Castilla
 « Quien la ocupó antes que tú :
 « Que de otro modo, condesa,
 « De mi trono hereditario
 « No será mas que un sudario
 « El pabellon de tisú. »

Dió el conde un ósculo amante
 En la mejilla á su esposa,
 Y los ojos ruborosa
 La bella Blanca bajó ;
 Aplaudió la turba al punto
 Tan cortés galantería,
 Y al són de su vocería
 El conde el balcon cerró.

Signió el placer con la fiesta
 Prolongado hasta la aurora
 Y de Castilla señora
 Quedó Blanca desde allí.
 Y de la torpe Argentina
 Borrada al fin la memoria
 Se guareció de la HISTORIA
 De donde á sacarla fui.

—
 Lector, si has visto con gusto
 Cómo mis lindas francesas
 Vinieron á ser condesas,
 Por un bizarro español,
 Léelas, cómpralas y apláudelas,
 Y los cielos son testigos,
 De que quedamos amigos
 Para mientras dure el sol.

LEYENDA TERCERA.

MARGARITA LA TORNERA.

TRADICION.

INVOCACION.

¡Espíritu sublime y misterioso
Que del aire en los senos escondido
Templas su voz, prestándole armonioso
Eco gigante ó soñoliento ruido;
Arcángel cuyo canto melodioso
El orbe arrulla ante tus piés tendido,
Inspira tú palabras á mi acento
Gratas como la música del viento!

Porqué ¿quién como tú me las daría?
Tú, cuya voz dulcísima murmura
En la quietud de la floresta umbría,
Y del bosque salvaje en la espesura,
Y en los gemidos de la mar bravia,
Y en los murmullos de la sombra oscura,
Y cuanto tiene inspiracion ó acento
Tonos te pide para usar su aliento.

¿Quién como tú la inspiracion me diera
Y la armonía celestial y santa,
Y la robusta entonacion severa
De que carece mi mortal garganta?
Cruzar los lindes de tu azul esfera,
Medir audaz la inmensidad que espanta
No osara, no, mi pensamiento vano
Sin el auxilio de tu santa mano.

Y tú, radiante y peregrina estrella,
María, de los mundos soberana,
Madre sin mancha, compasiva y bella,
A quien adoro en ilusion lejana
Cual faro santo que en mi fé destella,
Mi voz perdona, si mi voz profana
Osa hablar de tu amor y tu hermosura
Con lengua pobre, terrenal é impura.

Sé que mis ojos, inmortal Señora,
La gloria manchan de tu faz divina;
Indignos ¡oh celeste emperadora!
Son de mirar tu sombra peregrina;
No merece mi lengua pecadora
Ser alfombra á tu planta cristalina,
Mas deja al fin ¡oh luz de mi esperanza,
Que alce un himno mi voz en tu alabanza!

¡Venid los que llorais! oid mi canto
Los que creéis en la virtud y el cielo:
Venid, almas transidas de quebranto,
Venid á oirme y hallareis consuelo,
Vereis lucir tras la tormenta oscura
Un rayo de esperanza y de ventura.

I.

EL PADRE Y EL HIJO.

Dicen que en una ocasion
(El año no hace á la esencia
Del hecho) habia en Palencia
Un tal Don Juan de Alarcon.
No era de Palencia el tal,
Mas su padre residia
Allí, porque allí tenia
Crecidísimo caudal.

Gil, era el nombre del padre
Viudo desde Juan vivió,
Pues el muchacho nació
Dando la muerte á su madre.

Adoraba el buen Don Gil
En su hijo, y era Don Juan
El mancebo mas galan,
Mas generoso y gentil

Que en Palencia se encontraba;
Siempre de amigos cercado,
Siempre de ellos festejado
Puesto que él siempre pagaba.

Ello es cierto que por mas
Que el padre le amonestó,
Un libro jamás abrió
Ni oyó un maestro jamás.

Pero en cambio era el mejor
Que habia en todo Palencia
Para armar una pendencia
O enmarañar un amor.

Arrinconaba á un maestro
Tirando la espada negra,
Y dicen que fué á Consuegra
A desafiar á un diestro,

Y sacándole á reñir
Matóle y tomó su dama,
Con lo cual creció su fama
Lo imposible de decir.

Iba pues todos los dias
En auge, con sus estrañas
Y turbulentas hazañas
Hechas en las cercanías.

Pues, aunque áspero de genio
É indolente, el tal Don Juan
Era mozo muy galan
Y de ventajado ingenio.

Cada noche andaba en vela
Por una nueva beldad,
Y daba gozo en verdad
Verle tocar la vihuela.

Cantaba que era delicia,
Y sabia centenares
De endechas y de cantares
Que rebosaban malicia.

Y tan jóven, tan apuesto,
Tan bello y con fama tal,

Dueño de tan buen caudal
Y á cualquier lance dispuesto,
Era en todos los partidos
Entre rondas y querellas
El cucú de las doncellas
Y el coco de los maridos.

Que no hay una cuya reja
A su reclamo no se abra,
Ni le esquivé una palabra
Dicha de paso á la oreja.

No hay casado cuyo sueño
Su voz no turbe ó asombre,
Ni marido que á su nombre
No frunza un tantico el ceño.

Y el buen Don Gil, que sabia
Las proezas de su hijo,
Le amonestaba prolijo
Cada noche y cada dia.

Mas él seguia sin tono
Dando brida á sus locuras
Y diciendo « que aventuras
Buscar, era su destino. »

Envióle á Valladolid,
Mas fué en la universidad
De rebeldes capataz
Y de zambros adalid.

Él fué haciendo mil papeles
En rondas y francachelas,
El alma de las vihuelas
Y el terror de los bedeles.

Y causador de las bullas
Y arrestos estudiantiles,
Azotó á los alguaciles
Y acuchilló las patrullas.

Quisóse usar de rigor
Con él, y sentó tan mal,
Que un dia en la catedral
Se agarró con un doctor.

Tomaron otros la injuria
Tan á pechos, que cerraron
Sus cátedras, y aun hablaron
De Don Juan con harta furia;

Mas sus palabras contadas
Ante él, en un claustro pleno
Presentóse, y lo hizo bueno
Con muchos á bofetadas.

Un canónigo muy viejo,
Pariente suyo, le dió
Quejas, á que él respondió
Con insolente despejo:

« Que tenia el alma seca
De hablar de legislacion
Y que sentia intencion
De quemar la biblioteca. »

En fin no hallando mas medio
De estar en seguridad
Mandaron que la ciudad
Despejara sin remedio.

I.

Él decidió resistir
La órden cuanto pudiera,
Pero tan precisa era
Que al fin fué fuerza partir.
Salió, sí, de la ciudad,
Pero á caballo y de día
Con tal pompa y osadia
Que fué escándalo en verdad.

Volvióse á Palencia pues,
Y en su caballo mejor
Entró cual conquistador
La misma tarde á las tres.

Recibióle el buen Don Gil
Irritado y con razon;
Pidióle el mozo perdon,
Culpó su ardor juvenil,

Pintóse muy ultrajado
Por la estudiantil canalla,
É hizo justa la batalla
A que le habian provocado.

Forjó un enredo chistoso
Con el rector y una moza
Que vino de Zaragoza
Con oficio no piadoso;

Y contó tan peregrinos
Lances de entrambos, que el viejo
Tuvo por mejor consejo
Reírle sus desatinos.

Y como era de pensar
Tras tan exótica risa,
Diéronse ambos buena prisa
Lo pasado en olvidar.

Tornóle el padre á sus brazos
Y perdonó en conclusion,
Que al cabo los hijos son
De las entrañas pedazos.

Tornó á ser pues lo que era;
Y quedaron finalmente
El padre tan indulgente
Y el hijo tan calavera.

Viven el padre y el hijo
Frente por frente á unas mozas
Que un esquilon les repican
Dos veces en cada hora.

Don Gil, que es hombre devoto
Y acosado de la gota,
De tal vecindad se alegra,
Mas de ella Don Juan se enoja.

Dice el pabre: « Aquí tenemos
Misa, jubileo y honras,
Pláticas y ejemplos santos,
Que al cabo jamás estorban. »

Dice el hijo: « ¡Qué demonio!
Es una calle tan sola...
No hay en toda ella una reja
Util á cita ni á ronda. »

21

Dice el padre : « Esas benditas
Están ganando la gloria
Y encomendando al Eterno
Sus vecinos... ¡él las oiga! »
Dice el hijo : « Esas mugeres
Se están como unas marmotas
Toda su vida encerradas,
¡Yaya una aprension diabólica! »
Dice el padre : « El capellan,
Que es doctisima persona,
Me tiene continuamente
Conversaciones sabrosas. »
Dice el hijo : « ¡Si á lo menos
Hubiera una buena moza
A quien decir cuatro flores... !
Serán unos cocos todas. »
Y el padre : « Nada me falta
Para una vejez dichosa,
La iglesia y la plaza cerca,
Casa y rentas que me sobran. »
Y dice el hijo : « Por último,
Haremos una intentona
Al ver si las enjauladas
Son lechuzas ó palomas. »
Y así el padre y así el hijo
Distintos proyectos forman
Aquel con sus devociones
Y estotro con sus devotas.
Don Gil reza y oye misas
Tres ó cuatro, una tras otra,
Y Don Juan acecha atento
La morada misteriosa.
Va de continuo á la iglesia
Y al pié del coro se aposta,
Troneras y celosias
De dia y de noche ronda.
Mas ni ve, ni alcanza nada,
Pues entre verjas y tocas
Todas son blancas visiones
Que á lo lejos se evaporan.
Si llama al torno — ¡Deo gratias!
Responde dentro gangosa
Una voz que huele á vieja
Y suena á campana rota.
Él, pide agua de algive,
Y escapularios y tortas
Por echar una puntada
Sobre si hay muchas ó pocas
Madres, ancianas ó jóvenes,
Y por mas que á la rectora
Alaba, y á las novicias,
Y á la que el órgano toca,
Y á las que cantan en coro,
Y á la salmista que entona,
Y hasta á la vieja beata
Que afuera pide limosna,
Es inútil su destreza,
Nada adelanta ni logra :

Siempre á sacar viene en limpio
Noticias que no le importan :
La novena de Santa Ana,
El sermón del padre Acosta,
La nueva casulla verde,
La falda de santa Rosa,
Cosas de que gusta el padre,
Que es viejo y que tiene gota,
Pero que al hijo concluyen
Por remontarle la cólera,
Y al cabo sale diciendo :
« ¡Bruja condenada y chocha
Que nunca responde acorde
Ni dice cosa con cosa! »
Desistió pues del empeño,
Mas fué temporada corta,
Merced á un nuevo incidente
Que al cabo picó en historia.
Llevóle su padre á misa
Un dia casi á la aurora :
Ya habia en la iglesia gente,
Aunque soñolienta y poca.
Oraba el padre de hinojos
En un pico de la alfombra
Que disimulaba en parte
La humedad de las baldosas,
Y él recostado en las verjas
Del coro, en dulces memorias
Dejaba vagar perdida
Al ánima irreligiosa.
Ya sonreia afectado
Por ideas seductoras,
Ya el entrecejo fruncia
Por negros recuerdos de otras :
Y tan absorto se hallaba
Con sus visiones gloriosas,
Que ya alzaba el sacerdote
La sacratísima forma
Y él sin bajarse á adorarla,
En su quietud silenciosa
Continuaba con escándalo
Del pueblo que cree y adora.
Y á la verdad que no era
Culpa enteramente propia,
Pues parte habria del diablo
La malicia tentadora.
Ello es que él á sus espaldas
Sintió señal cautelosa
Que le arrancó de sus vanas
Visiones encantadoras,
Y una voz que le decia
Limpia, argentina y sonora :
« De rodillas, caballero,
Que están alzando la hostia. »
Y él advertido y curioso
De hinojos cayó en las losas,
Pero volviendo la cara
Al maestro de ceremonias.

Era el tal una monjita,
Que al notar la codiciosa
Mirada del mozo en ella,
De rubor se puso roja,
Bajó los ojos al suelo,
Sobre el pecho vergonzosa
Dobló la cerviz, y humilde
Tocó la tierra y besóla.
Mas encontrando al alzarse
La mirada abrasadora
Del mozo clavada en ella,
Levantóse presurosa.
Don Juan, advirtiéndole astuto
Que se iba y que estaba sola,
Asió la ocasion propicia,
Y á desvanecerse pronta.
— ¡Chist! la dijo, con la mano
Llamándola. Hermana, oiga
Una palabra.

La Monja. ¿Qué quiere?
D. Juan. ¿Sois tal vez la superiora?
La Monja. ¡Yo, señor! soy la tornera.
D. Juan. ¡La tornera! sois muy docta
Para oficio tan servil
Y diestra remedadora
De acentos, pues respondeis
¡Deo gratias!... tan temblorosa,
Que mas parece que vuestra,
La voz de una setentona.
La Monja. Ved qué decís, caballero,
Que yo no he sido hasta ahora
Tornera, y lo soy este año
Por muerte de Sor Leoncia.
D. Juan. ¿Murió la pobre?
La Monja. Murió.
Mas mirad que se prolonga
La conversacion y...
D. Juan. Es cierto:
Si fuerais vos...
La Monja. Servidora
Vuestra.
D. Juan. Callada y prudente...
La Monja. Cuando la prudencia importa,
Yo soy obediente y...
D. Juan. ¡Bueno!
Si no desplegaís la boca,
Yo os prefiero á la abadesa.
La Monja. No hay abadesa, es priora.
D. Juan. A la priora, es lo mismo,
Para hablarlos de una cosa,
De un secreto que interesa.
La Monja. ¡Secreto!
D. Juan. A la mayor honra
gloria de Dios, y vuestra.
La Monja. ¿Mia?
D. Juan. Pues, y de las monjas.
La Monja. Decídmelo.

D. Juan. Es imposible,
Espacio ha de ser y á solas,
Y pronto, pues urge mucho.
La Monja. ¡Ay Dios!
D. Juan. ¡Eso es! ya medrosa
Vais á publicarlo todo
Y vais... vaya, ¿teneis hora
En que poder escucharme?
Porque es fuerza que persona
De la casa me segunde
La intencion.
La Monja. Como no escoja
La de maitines...
D. Juan. ¿De noche?
Mejor es que ninguna otra.
¿Y en dónde os veré?
La Monja. En la reja
De esa capilla; me toca
Velar esta noche.
D. Juan. ¡Bueno!
No falteis.
La Monja. Estaré pronta.
En oyendo la campana...
D. Juan. Sí, mi casa está muy próxima.
La oigo bien.
La Monja. Pues hasta luego.
D. Juan. Adios, hermana... ¡y memoria!...

Salió la monja del coro,
Don Gil con su pierna coja
Salió acabada la misa,
Y Don Juan, el alma loca
De gozo, atisbó la reja
Citada, y buena juzgóla
Para el caso, en sí diciendo :
« ¿La niña ¡eh! si será tonta? »

II.

INSENSATEZ Y MALICIA.

La media noche era dada,
Y aun tocaban á maitines
Los esquilonos agudos
Con discordante repique,
Cuando Don Juan de Alarcon,
Dichoso en amor y en lides,
Tomaba punto en la calle,
Despreciando la mollice
De la cama, y sin cuidar,
De que en el vulgo le tilden
La ronda, si se descubre
O hay lance que la complique.
Largo y toledano acero
Bajo la capa se ciñe,
Por si salen á campaña
Curiosos ó ministriles.
Por lo demas, su disfraz
Maldito lo que le aflige,